

## PANORAMA DE MEXICO.

## EL CANAL DE LA VIGA.

No quiero describirte ¡o canal, en los bulluciosos días de la cuaresma, cuando sobre tu superficie flotan innumerables canoas, en las cuales boga la plebe regocijada y entusiasta.

Entonces te animas, y de tus aguas salen cantos nacionales, y algazara y contento; entonces pobladas tus verdes márgenes, de familias que las matizan con sus trages diversos, adquieres un encanto pastoril y sencillo, con los niños que junto á tí se entregan á sus inocentes juegos; con los cestos y las *chalupas* de flores que se admirarán por donde quiera; con los improvisados navegantes coronados de *amapolas* y de *chicharo*; con los alegres sonidos de las guitarras, las harpas y las flautas; con los ademanes líbricos de una bailarina cuyo medio cuerpo apenas se divisa entre un océano de sombreros y rebozos, y con los estrepitosos y ardientes cánticos de los originales *Orfocos* que atraviesan tus aguas.

En esos días te he visto también, cuando la aurora tiende sus alas de jazmín y de oro sobre las crestas salvajes de los montes que circundan este hermoso valle, risueña como la inocencia en la frente del niño, llena de atractivos y encantadora como las ilusiones que forja la esperanza del amante.

Era viérmela de *Dolores*: recuerdo que en la orilla de la acequia se veían multitud de mugeres y de cargadores con sus cestos para conducir las flores que esperaban, porque en ese día, aniversario para el católico, del misterio sublime que solo puede comprender la sublime ternura maternal, en cada casa se erige un altar; algunos salones se convierten en templos, y en la humilde choza del jornalero sobre la tabilla suspendida á la pared que sirve de ara á una efigie de la Virgen María se ofrecen flores, y se quema incienso, homenaje puro, vehículo de inocencia, y perfume que une al dolor terreno con el dolor santificado en los cielos.

A lo lejos resuena la cadena de la compuerta, agítase la multitud, animanse los semblantes, á poco desaparecen las aguas bajo un pensil delicioso, y su perfume empapa las auras de la mañana.

¿Cómo describir los majestuosos caprichosos que

presenta entonces esta alfombra extendida por todo el canal!

Frescas amapolas y claveles, amapolas blancas y encarnadas en ruedos estensos, ramilletes de jazmines y de *espuela* turquí y blanca como el alabastro, retama y trébol, y chicharo aromático, y rosas fragantes y encendidas; y esta hermosura se reproduce y se multiplica y ordena de nuevo á cada vaiven de las canoas al ingreso de otra á su separación, y deja ver en la agua inquieta indecisa las nubes de grana y el azul apacible del cielo.

Como he dicho al principio, no es mi objeto detenerme en esas pinturas: el recuerdo de los días que quiero consignar en estas líneas, es también puro como las flores; pero melancólico y apacible como el fulgor de la estrella vespertina á la hora del crepúsculo.

Entonces era yo niño, volvía con mi padre de un paseo, al que solo había concurrido mi familia; era un solaz doméstico de aquellos que se recuerdan siempre con placer, ya entre las tormentas impetuosas de la juventud, ya entre las nieblas melancólicas de la vejez.

Mi madre venía á mi lado, y parece que ahora veo su dentadura blanca, porque veía risueña; entonces éramos tan felices. Parece que también veo á mi padre, en pie con su chaqueta de lienzo, y dejando flotar sobre su frente á merced del viento apacible, su caballo negro como el ébano; me parecía hermoso: ¡es siempre tan bello lo que amamos!

Yo iba divirtiéndome con los árboles de la orilla que parecían andar, y luego deshojaba las flores de las amapolas que había cortado, viendo caer sus hojillas, y arrebatarlas por la corriente que formaba el remol al impulsar la canoa.

De repente me puse en pie, y me encantó la perspectiva que me rodeaba.

El sol se había ocultado; una delil línea de fuego rebosaba sobre el azul oscuro de las montañas; en el cielo revueltos y esparcidos volaban celajes, caprichosos; ya eran las ondas de un manto de púrpura, ya montañas de oro resplandeciente; ya ángeles que, con sus alas de fuego penetraban solitarios por las regiones de

Dios; ya dragones y caballos fantásticos; ya ondas apañadas que ascendían, y vistiéndose de gradaciones varias de gualda y sombras de carmin, de topacio, y de alabastro; en el Nor-Este aislada y magnífica, gigante, y de un color encendido, se veía como brotar de entre los árboles la lina, que en los lagos y acequias se reproducía dejando ver en la lanura de trecho en trecho círculos de fuego ó de plata brillante.

A mi derecha (*el Oriente*) se extendía la lanura, interrumpida ya por casitas blancas rodeadas de árboles; ya por la calzada frondosa de la *Candelaria*; más allá se distinguían las lomas con sus colores descarnados, con sus islas verdes ó color de oro de los estensos trigales, siempre ascendiendo tortuosos, salvajes, hasta tocar con los montes gigantescos que limitan el horizonte.

Volviendo el rostro siempre al Sud-Oeste, se distinguían en las llanuras las trojes y casas de las haciendas, las rancherías que indicadas por el humo negro que subía solitario por la atmósfera y las torres lejanas de algunos pueblos, de los cuales, de unos se distinguían las casas blanqueando esparcidas como corderos por las lomas desiguales; de otros solo se distinguía la cúpula de una torre entre los sembrados y los árboles.

A mi frente estaba México, con su variedad infinita, con la calzada del pasco y una parte de la plaza de toros; con sus mil torres, saliendo de un océano de piedra como otros tantos mástiles de embarcaciones ancladas; San Pablo, la Merced, con su techo de metal que brillaba con la luna, y Loreto; mas al Oeste, y en medio de esta confusión, se alzaban magníficas y sin rival las torres angostas de la catedral, como los asilos de los ángeles custodios de México.

A mi izquierda entre los tulares y las plantas acuáticas, volaban luciérnagas inconstantes, y moscas que despiden luz vivísima, tachonando de diamantes el manto oscuro que cubre los campos; después se extendía un campo inmenso: en el centro de los potreros se percibía la reducida chocilla del vaquero, y allá, en los confines, medio plateado por la luna, vestido de tinieblas por el opuesto lado, solo y gigantesco se veía el monarca de los volcanes de México, el Popocatepetl!!!

Las vacas de los establos de aquellas casas de campo, mugían tristemente; se oían los ladridos lejanos de los perros y el balar de las ovejas junto á las lumbreadas de los pastores; se oía también á la capital, que por sus mil bocas de bronce, entonaba al Oterno el misterioso y solemne canto de las Eternas.

La canoa se deslizaba tranquila en las aguas; comenzamos á percibir en los egidos y en las márgenes del canal las luces de las casas; á po-

co ya se oía el rumor de los transeúntes, despus nos hallamos entre dos aceras de casas, que despedían su luz por puertas, balcones y ventanas; luego hizo alto la canoa, habíamos llegado al desembarcadero.—A. G.

## LA AGONIA.

A MI AMIGO DOMINGO REVILLA.

ANOE frente á su lecho de agonía  
Que cubre transparente cortinaje,  
Una bugía cuyo incierto brillo  
En las revueltas sábanas resbala.

Sobre el blando almohadon que afirma el cuello  
Inmóvil se realiza su cabeza.  
Se ve en su frente herida de tristeza,  
Un rizo descuidado del caballo.

La sombra de las alas de la muerte  
En sus facciones lividas vacila  
Y sin ver; pero abierta la pupila  
Terror inspira su fijeza inerte.

Cádena está su boca medio abierta,  
Estático su busto se descubre.  
Bajo el blanco lienzo que le cubre  
Giran los dedos de su mano incierta.

¿Cómo ves ora la encantada vida  
Su pompa y sus quiméricos festines,  
Cuando entre rufes de oro y de jazmines  
El sol de tu niñez resplandeció?  
¿Cómo ves los amores, los delirios  
Que inquietos hierren en la mente humana  
Al pasar ese día sin mañana,  
Que una lámpara funebre encendió?

Como hojas secas sobre suelo estéril  
Ruedan hoy los recuerdos en tu mente:  
Como la lluvia inútil é impotente  
Miro el aire en tus labios resbalar.  
Tú ves la vida como ve el marino  
La muralla, la torre, el alio faro  
Al romper solitario y sin amparo  
Las bravas ondas de ignorado mar.

Allí estás ¡ó mortal! estás suspenso  
Entre la eternidad y lo pasado:  
¿Qué no alumbra tu espíritu turbado  
Del Oterno el Espíritu inmortal?  
¿El alma que dió vida al pensamiento  
En tu cerebro moribundo oscila  
Como esa luz que al espirar vacila  
Al frente de tu lecho funeral?

¡Y siempre duda, siempre duda  
Arranca tu ilusión hoja por hoja,  
Como cada aspirar de tu congoja  
Te arrebató un instante de vivir?  
¿Esa alma noble quedábase perdida  
En las paredes de la fosa yerta,  
Como pétalo seco de flor muerta  
Que se disuelve entre la yerba ruín?

Contemplar esa bóveda sublime  
De refrigerios mundos tachonada,  
Como pompa irrisoria de la nada,  
De la oscuridad magnífico desvel.

Escuchar en el aura una armonía,  
Percibir un misterio tras el cielo  
Y al emprender á su región el vuelo  
En el putrido fango percer....

¡Ah! no, Señor, que te proclama el trueno.  
Tu mirada de amor produjo el día;  
Tu eres fuente de paz y de alegría.  
¿Por qué nos reservastes el dolor?  
¿Por qué nos diste envuelto el pensamiento  
En la nube terrible de la duda?  
¿Por qué á la fe la dejaste en la aguda  
En medio de este mar ennegridado?

Cuántas veces, Señor, en tus altares  
Al resonar el órgano sonoro,  
Al reflejarse en los blandones de oro  
Robosus cines de esplendente luz,  
Entre el incienso mi oración subía,  
Perfume de la vida transitoria,  
A pedirte que un rayo de tu gloria  
A iluminar viniese mi ataud!

Y pensé que tu Espíritu invisible  
Daba voz á la mistica armonía,  
Y que el alma arrebatada presenta  
Inmortal ¡o Señor! mi porvenir.  
Dulce alivio en las mareas de mi suerte:  
Ahorada lisonja, freno del crimen,  
Bálsamo bienhechor de los que gimen  
Del valle del dolor en el conán.

¿Qué miras, taciturno moribundo?  
¡A tu vida el Eterno rasgó el velo  
Y espléndido y magnifico en el cielo  
Ya ves brillar la eternidad y el Eter-  
¡Ya miras, fatigado peregrino,  
La deliciosa estancia de tu sueño,  
Y pides á la tierra el póster sueño  
Y al despertar encontrarás su amor!

Águila apisionada, ¡ya rompiste  
Esa red frágil que te ató á la vida  
Y gimiendo al romperte en tu partida  
Vas á pedirte entre la luz del sol,  
¿O siempre con la pena en tu agonía  
Llegas al borde de la tumba helada:  
Dudando hallar el seno de la nada  
O las alas de arcángel del Señor!

Después difícil se escuchó su aliento,  
Un color sepulcral su vista empañó.  
Se escuchó su estertor, de su pestaña  
Forma un hilo su llanto de tormento.

Animase su vista, y reluciente  
Gira en torno á su lecho desecarada,  
Cual espíritu luz que de repente  
Levanta fágula llamarada.

Por fin, por fin, la vida se despierta  
En la faz del rendido moribundo,  
Y el gemido de padios que lanzó al mundo,  
De sepulcro fatal le abrió la puerta.  
Enero de 1844.—GUILLELMO PUERTO.

### ALGUNAS IDEAS SOBRE LA SOLEDAD.

Ahora, que por fin veo cumplidos en parte mis deseos; ahora que vuelvo á vivir, yo solo, conmigo mismo, lejos del bullicio de la sociedad, y con el caudal de mi experiencia y de mis desengaños considerablemente aumentado, conozco mejor que nunca cuán grandes son los gozos que proporciona la imaginación en la soledad. El aspecto agreste de la naturaleza, el verdor de los árboles, el confuso canto de las aves, el ruido del agua, el magistoso silencio de los bosques, absorben y enagenan á mi al-

ma en términos de que todos mis pensamientos se trasforman en sensaciones. Mi imaginación da á los objetos un dulcísimo colorido, un aspecto suave y encantador que me hace creer que todo lo que me rodea está libre y tranquilo. ¡Ah! ¡Cuán fácil es aborrecer y despreciar los placeres ruidosos del mundo, cuando se sabe gozar de la melancolía filosófica, que inspira la soledad!

—Aquí paso mis días leyendo y escribiendo. Leo continuamente pasajes análogos á mi situación: recorro con el libro en la mano, todos estos sitios; y por la noche escribo las ideas que me ocurren: cada una de estas ocupaciones me sirve de alivio y descanso de la otra; pero viervo en el papel mis ideas sin orden ni enlace alguno; según me las inspira mi imaginación.

—En semejante estado, es imposible no abandonar á esa especie de sentimientos que se llaman hoy *románticos*; pero tal vez esta disposición del espíritu, aunque espuesta á muchos inconvenientes, no carece de ventajas. Puede ser que las ideas químéricas conduzcan á sistemas peligrosos; puede ser que fomenten pasiones despreciables; que estravian nuestro modo de pensar, y que sumerjan á nuestra alma en un mundo ideal en donde se pervierta su naturaleza; pero es muy cierto que esos mismos sentimientos *románticos* no siempre nos hacen desgraciados; porque ¡quién es el que ha logrado encontrarse nunca tan satisfecho y feliz en realidad, como sin duda lo ha sido alguna vez en los ensueños de su imaginación? *Rousseau* en su juventud había leído muchas novelas, y aficionado por ellas á las cosas imaginarias, pronto aborreció todo cuanto veían sus ojos. Este fué el origen de la inclinación á la soledad que lo dominó hasta el fin de sus días; éste el origen de aquella melancolía que atribuye *Rousseau* al impulso de un corazón demasiado tierno, afectuoso y amante, que no encontrando iguales sentimientos en persona alguna, se veía reducido á vivir de puras ficciones. He citado á *Rousseau*, porque casualmente acabo de leer (por la milésima vez) sus *Confesiones*; pero acaso hubiera sido mejor citar con mas oportunidad á *Madama de la Valliere*, porque las mujeres sienten infinitivamente mejor que nosotros, los encantos de la imaginación; penetran mejor que nosotros, los misterios del corazón humano; y mejor que nosotros saben sacar del entusiasmo un partido mas puro, y mucho mas digno de la nobleza del alma y de la pasión que lo produce.

—El amor, propiedad esclusiva del corazón, aumenta y aviva en gran manera los delicias de la soledad, porque fácilmente se asocia con el aspecto de una bella y encantadora naturaleza. Un paisaje agreste, una vista pintoresca, puede inspirar el amor á las almas tiernas, con la mis-

ma facilidad con que las hace experimentar cualquiera otra especie de sentimientos agradables. El corazón de una mujer es mucho mas débil y accesible bajo la tranquila sombra de un árbol, en la cénica soledad de una montaña, ó en el misterioso silencio de una noche de luna. Y así debía ser, porque una emoción viva obra siempre con mas fuerza en la parte mas débil; y el entusiasmo, sea cual fuere su origen, tarde ó temprano arastra y subyuga al corazón de la mujer. No hay remedio; las mujeres sienten mejor que nosotros los encantos de la vida campestre, perciben mejor la bella influencia de un paseo solitario, el fresco ambiente de un bosque espeso y silencioso, y la elocuencia con que la luna habla al corazón y al entendimiento....

¡Ah! ¡Cuántas mujeres, que en la ciudad y en el bullicio del mundo hacían alarde de insensibilidad, ó de principios severos, vienen á pagar en la dulce y benigna soledad del campo el tributo que deben al amor y á la naturaleza! Y podrá atribuirse esto, á exceso de debilidad en la mujer? No por cierto; sino á la disposición en que la soledad pone á todo individuo sensible, que libre totalmente de las influencias perturbadoras de la sociedad. Entonces recobra la naturaleza, á pesar nuestro, todo el goce de los derechos que le son propios, y que tan encarnizadamente le disputamos.

—Para una persona que ama, nada hay mas apetecible que la tranquilidad, y naturalmente la busca en los parajes solitarios para entregarse en ellos al único pensamiento que le hace amar la vida. ¿Qué lo importa lo que sucede en la ciudad! ¿Qué puede interesarle lo que no respira amor, ó lo que no es capaz de infundirlo! Una gruta, un monte, un bosque sombrío, la orilla de un arroyo solitario, en donde pueda entregarse á sus reflexiones con entera libertad, son los únicos sitios que convienen á su alma: el sol, la luna y las estrellas, los únicos confidentes dignos de los desahogos de su corazón.

—La soledad hace revivir los dulces recuerdos del amor, aun aquellos que por parecernos indiferentes estaban ya como olvidados para nosotros; pero hay en el alma ciertos escondrijos en donde permanecen encerrados por largo tiempo, hasta que repentinamente salen de ellos, y se precipitan con impetuosidad, inmediatamente que la naturaleza les entrebrea la puerta.

—La soledad, cuando disfrutamos de ella en compañía de la persona amada, nos proporciona tranquilidad, satisfacción y contentamiento, y esta es la razón porque entonces se convierte para nosotros en mansion de placeres y delicias inesplicables, la mas pobre y despreciable choza. Si el espíritu y el carácter están acordes, puede el amor, en medio de la soledad, mantener en el corazón sentimientos nobles,

elevar mas y mas el alma, alimentar la bondad, desarraigir todos los vicios, fortalecer todas las virtudes, y endulzar de este modo el amargo cáliz de la vida.

—Por lo comun hace la soledad que una tristeza penosa se convierta en dulce melancolía; y ciertamente todo lo que obra en el alma de una manera suave y dulce, es un bálsamo saludable para un corazón llagado. He aquí la razón por la cual un hombre enfermo se muestra tan sensible al cuidado compasivo de una mujer, ó á su afabilidad y al interés que ella le manifiesta. Nada mitiga ni alivia mas nuestros padecimientos físicos y morales, que la persuasión de que hay en el mundo una persona amable que no los mira con indiferencia.

—La melancolía que la soledad inspira tiene la circunstancia particular de ser casi siempre dulce y apacible, y de provocar al llanto. *Rousseau* la resentía con violencia siempre que se paseaba por las orillas del lago de Ginebra. *Mi corazón* (dice este filósofo) *se arroja hacia mil felicidades inocentes. Sentíame enternecer, suspiraba y lloraba como un niño. ¿Cuántas veces, deteniendo mis pasos para llorar con libredad, y sentado en una piedra, me he divorcido en ver cómo caían mis lágrimas en el agua!...* Y yo tambien, al escribir estas líneas, he sentido correr mis lágrimas, porque mi memoria me ha reproducido en estos sitios, uno de los recuerdos mas dulces de mi vida. Yo tambien me he sentado varias veces á llorar con libertad, no á las orillas de un lago, sino debajo de un sauce *Ullon*, junto al cual recibí la primera prueba del amor de una mujer angelical.... Pueda ella, si es que por casualidad llega alguna vez á sus manos el papel en que escribo esto, ver en él mi desecho de que semejante recuerdo, produzca en aquella alma sublime una melancolía tan suave y voluptuosa como la que hoy produce en mi corazón!

—Pafecer tan dulce y tranquilamente; estar triste por sensibilidad; preferir la soledad á todo; buscarla entre las rocas, en las cavernas, en lo mas espeso de un bosque; no hallar atractivos de ninguna especie, sino en las bellezas magistosas ó risueñas de la naturaleza: en esas bellezas que desprecia ó no conoce el hombre del mundo; no desear cerca de sí, mas que una sola persona á quien pueda uno comunicar todas sus sensaciones y todos sus pensamientos, y que sepa comprenderlos y apreciarlos: olvidar todo lo que hace y piensa el mundo entero, es un estado que debe desear todo hombre, porque es un estado que pone al alma en una atmósfera de delicias que no se pueden describir.

—Yo creo que una pasión tumultuosa que no puede satisfacerse en la soledad, tampoco puede proporcionar este delicioso estado; pero

también creo que la soledad bien empleada, puede con el tiempo mitigar ó variar los deseos, y aun compensar la privación de los placeres que se apetecen. Así, por desgraciado que sea un amor, todavía no se han agotado todos los consuelos que ofrece la naturaleza al amante solitario. Día llegará en que piense melancólicamente, pero sin tristes turbulencia, en esos placeres pasados que nunca han de volver, ó en esas doradas esperanzas que nunca se han de realizar. Y llegará después otro día en que cease de llorar y de padecer para siempre, y en que escriba tranquilamente desde el lecho del dolor: *Si acaso llegará á tí la noticia de mi muerte, considera, dulcísima amiga, que un amor como el mío merece bien una lágrima de tus ojos, y un suspiro de tu corazón. Deja que viva contigo la memoria de mi amor, y que muera conmigo la de las horribles penas que he sufrido por ti. . . .* Esto sí que es puro romanticismo, dirán algunos. Es cierto; pero también lo es que á nadie le ha sido dado hasta ahora fijar los límites del poder de la imaginación, ni designar cuáles son los resultados extraordinarios, ó más bien, los milagros que no puede ella producir en la naturaleza humana; y también es cierto que en la soledad todo contribuye á dar elevación al alma y fortalecer el carácter, porque allí se acostumbra el hombre, mucho mejor y más pronto que en el mundo, á los sentimientos nobles y sublimes, y á las resoluciones heroicas.

—La víspera del día que salí de México, pasé algunos instantes en la iglesia del convento de San Fernando. Con cuánto placer me vi casi yo solo en aquel templo! No había en él más que una jóvena de clase humilde al parecer, y tan enfervorizada en su oración, que ni siquiera volvió la cabeza hacia la puerca cuando yo entré. Tenía razón. Si su engamamiento religioso era verdadero ¿qué podía interesarle en aquel momento y en aquel sitio la presencia de un mortal! El entusiasmo de la oración es también un misterio entre el hombre y la divinidad, y semejante al pudor, cubre con un velo al pensamiento, para ocultar á los hombres lo que solo pertenece al cielo. Esto consideraba yo cuando empezó á sonar el órgano. La música de este instrumento ha causado siempre en mí alma un efecto que no puedo expresar. Como desde mi tierna edad me acostumbré á oír el órgano, al mismo tiempo que mis ojos veían esas pompas de oro, de incienso y de flores, con que el culto católico encanta los sentidos del europeo, y transporta el espíritu hasta las regiones de la esperanza, no pueden ya mis oídos percibir el sonido de aquel instrumento, sino que mi imaginación, impelida por un tropel de ideas tiernas, grandiosas y sublimes á la vez, vuela á

buscar en el cielo un Dios de amor y de misericordia, y en la tierra un objeto capaz de participar de las emociones inefables que me agitan. Todo lo que me rodeaba en aquel templo estaba en perfecta armonía con mi situación: el aspecto severo y uniforme de los altares; la soledad que me dejaba descubrir sin obstáculo todo aquel pavimento, tantas veces quizá regado con lágrimas de aflicción y de dolor; la atmósfera cargada del perfume del incienso; la melodía del órgano que se difundía y prolongaba por aquellas bóvedas como una voz del cielo llamando á los hombres para ofrecerles consuelo y esperanza; á mi derecha la puerta del cementerio, la entrada al lugar de los sepulcros, á la única mansión de paz y de descanso que nos ofrece el mundo. ¡Ah! Con cuánta libertad pude entonces soltar el freno á mi imaginación, y entregarme enteramente á las ideas de amor y de muerte que son las únicas que me halagan y dominan! ¡Cuán preciosa me pareció la soledad, pues que me proporcionaba momentos tan dulces, y sensaciones tan adecuadas á mis necesidades! ¡Pero amor y muerte! ¡La existencia y la nada! . . .

—Ayer subí á la cumbre de una de las montañas llamadas aquí *los Organos de Actopan*, que pertenecen ya á la gran cordillera de nuestro continente, y son las más elevadas y majestuosas de todas las que circundan estos sitios. No tengo habilidad ni humor para hacer descripciones campéstris; pero nunca podré recordar sin sentir una profunda emoción, la magnífica escena que descubrí con mis ojos desde aquella altura. A medida que yo me elevaba sobre los árboles más altos, y principalmente sobre las habitaciones de los hombres, me parecía que iba dejando igualmente allí abajo todos los sentimientos comunes y vulgares; y que al ir acercándose mi alma al cielo, la abandonaban las pasiones terrestres, y ella sentía mejor la dignidad y pureza de su esencia. Allí sí, comprendí perfectamente que vivir en la soledad, sentirse solo, no inspira temor sino cuando se trata de repeler la fuerza con la fuerza; pero que al contrario, la energía del espíritu se aumenta, por la misma necesidad en que nos pone la naturaleza, de concentrar mas nuestras fuerzas físicas y morales, cuando no esperamos que nada venga á ayudarnos ó defendernos.

—“Pues que estos son los hombres con quienes hemos de vivir, vivamos como ellos viven, y hagamos lo que ellos hacen.”—Esta máxima, tomada absolutamente, es la máxima favorita de los necios, de los ignorantes, de los hombres desmitidos de toda especie de ingenio y de sentimientos de dignidad, y nacidos únicamente para vegetar como esas plantas que solo medran á fuerza de estiércol. ¡Y luego tienen

valor para hablar de la injusticia y de la falsedad de los demas hombres! ¡Y aspiran á pasar por sensibles y sinceros, y por capaces de abrigar pasiones nobles!! La filosofía que sirve de base á las grandes cualidades del verdadero hombre de mundo, se aprende en la soledad, en el retiro, en el silencio, lejos del teatro de ese mismo mundo. El carácter y los sentimientos adquieren en la soledad, no solamente mayor fuerza é independencia, sino una verdadera energía. En ninguna otra situación podemos aprender mejor á conocernos, porque en la soledad estamos mas cerca de nosotros, y vivimos mas íntimamente con nosotros mismos. ¡Con qué dulzura se desliza la vida cuando no nos importa nada lo que dice éste, ó lo que hace aquel! ¡De cuántas miserables preocupaciones, y de cuántas pasiones, mas miserables todavía, y no libran al hombre de talento las serias reflexiones que la soledad le permite, y aun le obliga á hacer! Entonces desaparece esa vergonzosa idolatría que el hombre degenerado tributa á todas las prácticas y á todos los objetos (por despreciables que sean) que pueden convenir á sus miras. . . . Entonces echamos de ver con horror que no somos en la sociedad mas que esclavos de lo que se llama *miramientos, costumbre, público, usos admitidos*, &c. . . . Y si no, haga la prueba cualquier hombre de medianos sentimientos. Sométase de buena fe y con la exactitud mas escrupulosa á todo lo que exigen de él la urbanidad, y esas mismas conveniencias sociales; resultará á no despegar sus labios en contra de nada, ni aun de lo mas absurdo que los demas no reprueben; déjese llevar del torrente con docilidad, haciendo todo lo que hagan los demas hombres, y aprobando todo lo que ellos consideran digno de aprobación, y diga después con sinceridad si no ha empleado los días enteros en aprobar ó reprobar una infinitud de cosas, contra su propia conciencia, solamente por temor de los hombres, ó por hacerlos propicios; en estudiar el modo de perfeccionar mas cada vez la falsedad y la hipocresía, en adular á los poderosos, queriendo mas bien ser ministro de sus injusticias, ó panegirista de sus errores, que manifestar ninguna opinion que pueda desagradarles; en fingir sentimientos de amor y de amistad hacia hombres y mugeres que nada le interesan; finalmente, en buscar los medios de compensar de algun modo las privaciones y contradicciones á que lo sujetan los deberes mal entendidos de la sociedad. Cualquiera que medite sobre esto seriamente, allí en el silencio de su corazón, sentirá sin remedio que necesita vivir, á lo menos por algun tiempo, en la soledad, con gentes que piensen mas noblemente, y tengan principios mas arreglados á los de la naturaleza.

—La rápida transición de la alegría á la tristeza, de la esperanza al temor, del contento á la pena, atormenta sin cesar al hombre, que cuando las circunstancias lo escigen, no encuentra en su propio corazón la fuerza necesaria para hacerse superior á cuanto vé. Toda virtud y toda buena cualidad desaparecen, inmediatamente que nos dejamos llevar de la primera impresión que nos afecta, ó cuando nos dejamos dominar de los acontecimientos, por no saber dominarlos á ellos. Pierde también su bondad el hombre del mundo que se deja conducir enteramente por los demas hombres; que nunca tiene delante de sus ojos mas que su propia persona; y que nunca se mueve sino por un interes próximo ó remoto. Es menester vivir en la soledad, no hacer caso de los acontecimientos del día, calcular en el silencio el precio de todas las cosas y de todas las acciones humanas, si queremos tener el valor necesario para obrar con filosofía, y hacer el bien aun á costa nuestra. Las gentes del mundo no saben lo que es despreciar una ventaja momentánea, y hacer el sacrificio de nuestra reputación ó de nuestra fortuna; no juzgan ninguna acción por lo que ella es realmente, sino por lo que les conviene que sea: toda su conducta está fundada en un vil interés; no tratan mas que de conseguir dinero ú honores, y para ello, no hay medio que les parezca ilícito: cortejan, adulan, mienten, calumnian, se arrastran ante el hombre que podría perjudicarles, si fuera tan malo y vil como ellos; y luego lo dejan para llevar á otra parte las mismas bajezas con el mismo fin.

—Cuántos tormentos y dolores hay, que el mundo no ve, ni sabe, ni sospecha! ¿que no pueden dividirse con nadie! y ¿que no se pueden talar sino lejos del mundo, en la mas absoluta soledad! Estar solo, lejos del tumulto de los hombres, lejos de toda especie de relaciones con ellos, sepultado en un lugar desierto y salvaje, es el mas dulce, y acaso el unico consuelo que puede hallarse, cuando despedazan á un corazón grandes aflicciones. Cuando el destino nos ha separado violentamente de una persona querida, pérdida millares de veces mas horrorosa que la de nuestra propia existencia, la soledad es la única que puede mitigar nuestra desesperación. El corazón se hace pedazos; el dolor obliga á prorumpir en alaridos; nuestros ojos nos rehusan las lágrimas; creemos que se hunde la tierra bajo nuestros pies, en aquellos terribles momentos en que nos vemos separar de la persona que era todo para nosotros, que nos es imposible olvidar en ningún instante de nuestra vida, y cuya pérdida nos hace odiosas para siempre todas las cosas del mundo. Nadie extrañará que diga entonces el desgraciado: *¡dejadme solo!* . . . Si, ciertamente; no nos queda

mas recurso que la soledad para soportar el dolor que debe ir carcomiéndonos el corazón, y reduciendo las facciones de nuestro rostro al estado cadavérico que algún día tendrán enteramente. — Estar solo, lejos de los hombres y de todas sus relaciones, es la primera y mas punzante necesidad de un corazón, cuando se tiene la degradingación estos tormentos, no son capaces de formarse de ellos ni aun la mas imperfecta idea. — ¡Ah! cuando recuerdo que yo mismo me he hallado en esta horrible situación; cuando traigo á la memoria la imposibilidad en que me encontraba de retirarme del mundo, en aquel tiempo de horrosas desolación para mí; de aquel tiempo en que llevaba yo la muerte dentro de mi pecho; en que la viveza del martirio hizo desaparecer todas las fuerzas de mi alma, y de mi cuerpo, conozco con cuánta razón y cuán naturalmente exclamaba yo: *¡dejádme solo!*

— Los afligidos que lloran la muerte de alguna persona amada, desean inmediatamente separarse del bullicio y entregarse á la soledad; pero de todos modos se procura ahogar en ellos un deseo tan natural como involuntario. Por lo común se les rodea de un enjambre de gentes, acasos hipocritas, indiferentes ó insensibles, que no deben hablarles de la pérdida que han sufrido, sino de las noticias del día, de la buena ó mala estación, de las modas nuevas, de la ópera &c., creyendo que este es el mejor medio de disipar su tristeza; como si las superficialidades, las pequenezas y fruslerías pudieran jamás servir de bálsamo á un corazón profundamente herido. — Y de todas las *costumbres sociales*, esta es, en concepto de muchos, una de las mas racionales y meritorias!

— Hay personas que creen que la soledad debe cansar muy pronto al que se encuentra en ella, aun cuando en su principio el mismo la haya solicitado. Este es uno de los errores mas comunes de la ignorancia. Solamente á los necios, á las almas vacías, destituidas de ideas, y de sentimientos delicados, puede cansar la soledad, porque á estas almas todo se les hace pesado, y aun llega el caso de que se fastidian de sí mismas. Por esta razón las vemos siempre tan codiciosas y sedientas de distracciones y de pasatiempos. Esa necesidad irresistible que las arrastra continuamente de una parte á otra, que las empuja hácia la multitud, y que las hace gustar el tiempo en vaciedades y en afanes ridículos, está probando claramente que no pueden soportarse á sí mismas; que no se bastan, y que acortando en sí de todo lo que podría ocurrirles, y servirles de recurso, tienen que ir á buscarlo fuera de ellas, en cada objeto que se les presenta al paso, de baile en baile, de teatro en teatro, en

las tertulias, en los convites, en los paseos, en la familiaridad de las prostitutas, en busca de un puerto cualquiera que ponga á tan tristes almas el abrigo del fastidio, y les impida ver su propia indignidad y miseria. Esta insaciable sed de distracciones sensuales no es mas que un medio de huirse á sí mismo. Se hace una mono ansiosa á todo lo que puede hacer pasar en distracción el momento presente; pero aun para esto se necesita siempre que sea alguna cosa exterior y nueva que libre á esta especie de hombres, de la degradingación de encontrarse solos consigo mismos. Hay algunas personas de talento y de cualidades apreciables, que bien sea por educación, bien por la fuerza del ejemplo, por negligencia, por debilidad de carácter &c., suelen dejarse llevar del torrente del mundo, y no temen confundirse en estos casos con los necios; pero hay la enorme diferencia de que estas personas se dejan llevar, como hemos dicho, y de que tarde ó temprano, el mundo hace su oficio; vuelven sobre sí, conocen su error y lo reparan. Después de una brillante función, me escribiría una mujer de mundo, bonita y de alta gerarquía: “Ya vió vd. qué contenta salí anoche de mi casa para ir al baile; pues luego que me vi entre aquellas gentes, y que noté aquella alegría facticia, aquellas sonrisas de circunstancia y de urbanidad convencional; luego que constaté que el papel que yo hacia allí era puramente de adorno, como nos sucede á la mayor parte de nosotras, las pobres mujeres, en esta especie de reuniones; sentí en mi corazón un vacío y un disgusto tan grande, que hubiera deseado tener en aquel momento el poder que nos escentua de las encantadoras, para haber hecho desaparecer repentinamente de mi presencia toda aquella barahunda, toda aquella escena de triste fantasmagoría, y haberme encontrado yo sola en mi cuarto, como estaba algunos minutos antes.”

— En uno de mis últimos paseos visité un pobre y miserable pueblecillo, que apenas se compondrá de quince ó veinte chozas diseminadas, y casi en ruinas; pero tiene una iglesia, y junto á ella un cementerio, ó mas bien un *campo santo*. ¡Qué conmoción tan indefinible me causó el descubrimiento de una humilde sepultura plantada de flores en todo su rededor! ¡Un sepulcro plantado de flores en aquella soledad! Luego allí descansaba una persona amada; y debió ser amada con sensibilidad y ternura, porque es preciso que tenga una alma tierna y sensible el que así sabe apreciar las flores, y escogerlas para adornar á la muerte, y expresar una esperanza.... ¡Qué ornato podía tener aquella iglesia! No hay en ella mas que un cuadro que representa á Nuestra Señora de Guadalupe, la protectora de estas soledades, la Virgen de tez morena, como

las muchachas del Egipto y de Belen. A sus pies se veían unos cuantos ramos de flores, símbolo misterioso de la gratitud de estos infelices habitantes, que en todas las festividades vienen cargados de su miseria á pedir nuevos consuelos á la protectora de los pobres, pues saben muy bien que es la madre del Salvador del mundo, y que vivió pobre y afligida en la tierra, hasta que fué llevada al cielo entre nubes de gloria, y sobre las alas de los ángeles.

— “Todavía mas *romanticismo!* dirá alguno de mis lectores; todavía mas ideas que soñar! lo pueden agradar á misántropos solitarios, acostumbrados á ver las cosas de un modo diferente del de la sociedad en que viven!” Pero yo contestaré, que las ideas *inspiradas por la naturaleza* se desprenden de nuestra alma á pesar de cuanto resistencia se les oponga; y que siempre parecerán *románticas*, por poco que se separen de las ideas comunes y vulgares que la costumbre, los hábitos y la indiferencia nos hacen formar de las cosas. A esto se agrega que las ideas toman siempre la forma que necesitan para poder salir por la puerta que les abre la imaginación, y si el poder que ésta ejerce en el corazón humano, aun en medio de la sociedad y del bullicio del mundo, es tan grande é irresistible, mucho mayor es, y mas difícil de calcular, ayudado de la influencia de la soledad. Diganlo si no los antiguos filósofos de Grecia, los anacoretas, los solitarios de la Tebaida, los monges de ambos sexos entregados á la vida penitente y contemplativa, y los innumerables ejemplos de actos extraordinarios y de resoluciones heroicas, que á cada paso nos ofrece la historia, producidos únicamente por la fuerza de la imaginación en la soledad. Mas aun cuando mis ideas sean *románticas* ó exageradas, merecen indulgencia; porque es muy natural buscar el aspecto mas agradable de cada cosa, y entregarse á ficciones halagüeñas, que lejos de lastimar al corazón, le causan consuelo, y hacen las veces de flores en el camino de la vida.

— Lo mismo con muy corta diferencia puedo decir del amor. No ha faltado quien me haya echado en cara que esta pasión hace el papel principal en todo cuanto yo escribo. Yo le contesté que así debía ser, porque mientras mas reflexiono sobre el amor, mientras mas escudriño sus misterios, mas me convengo de que es el único sentimiento en que la naturaleza ha reunido el origen de todos los placeres, y de todas las virtudes; las verdaderas ideas de lo bello y de lo justo; la fuerza de la materia, y la fuerza del espíritu; y el principio de la vida universal. Yo siempre me he complacido en mirar la pasión del amor como una de las pruebas mas fuertes de la inmortalidad del alma; y como esto interesa tan directamente á nuestra felicidad, ¡qué

estrño será que yo considere al amor como el único medio de llenar el espantoso abismo que existe entre nosotros y esos dos mundos desconocidos, uno de donde venimos, y otro á donde vamos; y que por consiguiente sea el sentimiento del amor el que con mas violencia domina á mi corazón! Acaso no me filtrará mas adelante alguna oportunidad para esplanar estas ideas, y manifestar las razones que tengo para mirar al amor como prueba de la inmortalidad del alma, como origen de todas las virtudes, como fundamento del orden social, y como único medio de proporcionarnos la felicidad en esta vida. Ahora no sería oportuno entrar en estos pormenores; pero sí lo es advertir, que el que piensa de esta manera encuentra un poderosísimo apoyo en la soledad.

— El amor, que como he dicho, pertenece única y exclusivamente al corazón, no solo encuentra en la soledad su alimento natural, sino que adquiere cada vez en ella mayor grado de fuerza y de energía, hasta el extremo de obligarnos á hacer cosas que en otras circunstancias nos parecerían irregulares ó imposibles. Rousseau refiere la historia de aquel hombre que se ausentaba de su querida no mas que para tener el gusto de escribirle. Tenía razón este hombre, y sabía amar. ¡Quién es el amante que ignora que hay ocasiones en que con la pluma en la mano se desahoga y explica un corazón infinitamente mejor que por medio de la palabra, la cual muchas veces no dice nada, ni puede ser jamás tan elocuente como los ojos, en esos momentos de enagenamiento celestial en que dos amantes no hacen mas que mirarse y callar!... No solamente experimentamos el amor con mucha mayor violencia en la soledad que en ninguna otra situación, sino que en ningun otro caso lo expresamos mejor. El convento de San Gildas en Bretaña está situado en la cima de una roca aislada, cuyo pie combaten continuamente las olas del mar. En aquella soledad agreste y salvaje se encerró Abelardo, creyendo que los ejercicios de piedad y de la mas anstera penitencia serian bastante poderosos para hacerle olvidar á su Eloisa, y borrar á fuerza de lágrimas aquella imagen tan querida y tan profundamente grabada en su corazón. ¡Cómo es que Abelardo, dotado de tan gran talento, no previó que la soledad, lejos de triunfar del amor, lo aumentaba hasta el exceso! ¡Cómo no conoció que el dulcísimo nombre de la persona amada se escapa sin cesar de nuestra boca á pesar nuestro, y que vuelve á traerlo á nuestros oídos el eco de las montañas solitarias, despues de repetirlo por todas partes! ¡Cómo no echó de ver Abelardo que el *misticismo* religioso, esa epilepsia celeste del amor, no es mas que una aplicación del mas fuerte de los sentimientos naturales, al mas ele-

vado, perfecto y poderoso de todos los seres! ¿Cómo no conocí que la imagen de la persona amada se coloca siempre entre Dios y nosotros, porque somos hombres materiales, y tenemos que obedecer, aunque no queramos, á las leyes de la naturaleza!... Una sola carta de Eloísa bastó para escaltar hasta el delirio el amor de Abelardo, cuando mas confiaba éste en los efectos de las austeridades en que vivía. Su respuesta á Eloísa no fué la de un confesor severo, ni de un solitario ascético, sino la de un amante, la de un hombre que ha amado, ó mas bien, que ama todavía y lo confiesa, y que no sabe consolar á su querida sino refiriéndole todo lo que él mismo padece, y lo que le cuesta vivir separado de ella. En el convento de San Gildas lloraba sin cesar Abelardo como habia llorado antes en el Paraclito, y condenado, cual un reo proscrito á una soledad eterna, consumía los dias en combates inútiles y las noches en el mas acerbó dolor. "En medio de estos desiertos (escribia á su Eloísa), en donde jamas cae el rocío del cielo, estoy amando lo que ya no debía amar. Las pasiones irritadas en la soledad, se apoderan del alma en este silencio de la muerte en donde olvida el hombre á Dios sin olvidar nunca al amor." Todas las cartas de Eloísa á Abelardo respiran ternura y delicadeza de sentimientos; pero indican al mismo tiempo un grado de amor tan excesivo, que obliga á Eloísa á decir: "¿Cuánto me engañaba yo, cuando creyéndote todo mio, y para mí sola, me decidí á tomar el hábito, resuelta á vivir para siempre bajo tus leyes!... Sí, Abelardo; yo me sepulté en el claustro, para ser tuya eternamente y servirte á tí solo. Tú escogiste, después de tu desgracia, que me retirara yo del mundo, ¡por qué, pues, te ocultaría hoy, que no es la devoción ni la piedad la que me mantiene encerrada entre estas paredes!... Sí tú no vives para mí, si no te acuerdas de tu Eloísa, ¡si tú no la amas ¡de qué me sirve esta prisión! ¿dónde está mi recompensa!... Este hábito religioso y de castidad, que ahora cubre á mi cuerpo, es una consecuencia de mi amor y de tu infortunio; pero no creas que lo he tomado por un espíritu sincero de penitencia.... En vano me atormento y combato sin descansar: en medio de las esposas de Jesucristo, yo soy siempre por tu sierva: en medio de estas nobles esclavas de la cruz, yo soy una malhadada ofrenda del amor humano. Me hallo á la cabeza de una comunidad, y no vivo ni respiro sino por tí...." Abelardo, en su contestación decia á Eloísa: "¡Ah! Si me vieras aquí en este horrible lugar! Si me vieras pálido, enflaquecido, descarnado, hundidos mis ojos, la tez de mi cara encanecida, mi frente ya sin cabello! Si me vieras condenado á vivir en medio de esta in-

sufrible turba de religiosos, que me detestan porque oyen decir que soy un sabio, y á quienes ofende el aspecto macilento de mi cuerpo, porque creen que envidio la lozanía del de ellos, ¡qué pensarías de mis suspiros, y de las inútiles lágrimas con que estoy engañando continuamente á estos hombres crédulos, porque á mí tambien me oprime y abruma el peso del amor, y no el de la cruz!... Tégneme lástima, Eloísa, y procura tú librarte del amor. Si vieras mi abatimiento, mis incomprensibles dolores, y el triste estado en que me ha puesto mi pasión, ¡podrías acaso desear que yo te amara!... Ven, Eloísa, si te atreves: ven con tu hábito religioso á colocarte en la mansion del dolor y de la muerte entre Dios y tu amante: ven á sacarme del horroroso abismo de mis pensamientos y de mi miseria.... ¡Qué no podrías tú en un corazón cuya debilidad te es tan conocida!...—Y todavía era mas fuerte y obstinada la lucha del amor con la razon en el alma de Eloísa: cada línea de sus cartas prueba la poderosa influencia que ejerce la soledad en el amor.—EL SOLITARIO. S. C.

## EL ALDEANO GENEROSO.

En una venida del río Adijé, el puente de Verona fué destruido un arco tras otro. Solo faltaba el del medio, sobre el cual estaba una casa, y dentro de ella toda la familia. Desde la orilla se veía á los infelices llorando y pidiendo socorros. En esto la fuerza del agua destruía, á la vista de todos, los pilastrones del arco. En tal peligro, el conde de Spolverini ofreció un bolsillo de cien lises, al que tuviera valor de ir en una lancha á librar á aquellos desgraciados. Había que correr el riesgo de ser llevado por la corriente, ó de que, al ponerse debajo de la casa, se viniese encima el arco arruinado. El concurso del pueblo era grande, pero nadie se atrevió á ofrecerse. A este tiempo pasaba un joven aldeano, á quien se instruyó de la empresa y del premio. Inmediatamente entra en una lancha, y á fuerza de remo gana terreno poniéndose en medio del río; aborda, y parándose debajo del arco, espera que toda la familia, padre, madre, hijos y viejos, se descolguen por una cuerda y entren en el lanchon: "¡Valor!" les decia, "ya estais salvados." En seguida rema, contrarresta el esfuerzo de las aguas, y llega en fin á la orilla.

El conde Spolverini quiso darle la recompensa prometida. "Yo no he vendido mi vida," le dijo el aldeano, "mi trabajo es suficiente para mantenerme yo y mi familia, dad ese dinero á estos pobres, que necesitan de ello mas que yo."

## REMITIDO.

SRES. editores del Museo.—C. de vdes., Enero 15 de 1844.—Muy Sres. míos: Un amigo cuyo favor me envanece, y cuyos deseos por la prosperidad de la república, el progreso de las artes y el adelanto de las ciencias son notorios, me ha hecho el favor de remitirme el adjunto trabajo, que considero de sumo interes entre nosotros.

Dias hace que la aplicacion de la electricidad galvánica al arte de dorar y copiar medallas, sellos y demas láminas grabadas, habia escitado en esta capital la curiosidad de las personas instruidas que conocen fácilmente las inmensas consecuencias de un procedimiento tan sencillo en su práctica, como importante en sus aplicaciones; pero este descubrimiento no se ha puesto todavía al alcance de los particulares curiosos y de la clase comun de los artistas, que tanto provecho deberán sacar de él luego que lo conozcan, en virtud del método que mi amigo el Sr. Montesdeoca ha traducido, presentando las ideas con tanta esactitud como claridad.

Me parece, pues, incontestable, que esta publicacion utilísima merece un lugar en el acreditado periódico que vdes. redactan, entre otros, con el noble fin de popularizar los mejores y mas recientes descubrimientos de las artes; por lo mismo lo remito á vdes., suplicándoles se dignen insertar un trabajo que sobre su utilidad tiene el mérito de manifestar el interes que el traductor y el Sr. D. José Manuel de Herrera, toman por la propagacion de los conocimientos útiles, noble empeño que sabrán apreciar todos los buenos mexicanos como vdes., de quienes se repite afectísimo servidor Q. SS. MM. B.—Ignacio Cumplido.

Sr. D. Ignacio Cumplido.—S. C., Diciembre 30 de 1843.—Mi muy apreciable amigo: Hace un año que tuve noticia por el Sr. D. José Manuel de Herrera, catedrático del colegio nacional de Minería, de los adelantos que en estos últimos años ha hecho el estudio de la electricidad galvánica, y entre ellos el de la facilidad con que por su medio se puede dorar, platear y copiar medallas. Me hizo el mismo un electrotipo, y me comunicó el modo de usarlo; porque ha de estar vd., en que no solo sabe con-

tar lo que lee, sino tambien, siempre que las circunstancias se lo permiten, repetir los experimentos para cerciorarse y adelantarse.

En estos últimos dias he oido hablar del arte de dorar por la electricidad química, á algunos estudiosos, y á aficionados á estudiar ó hacer lo curioso; y como la casualidad hizo llegar á mis manos un aparato de Davis, de Boston, con el Manual de magnetismo del mismo autor, que contiene las manipulaciones electrotrópicas, me pareció seria bueno hacer una traduccion de ellas, por la ventaja que los artesanos pudieran sacar del conocimiento de un nuevo método para dorar y platear, sin el inconveniente para su salud del uso del mercurio, y de la facilidad y esactitud con que obtuviesen copias de láminas grabadas, sellos, &c., &c. Me resolví á ejecutarla, y al estilo, porque quiero mas ser útil, que ostentar erudicion que ni conozco; pero como dichas manipulaciones suponen algunos conocimientos físicos y químicos, que no están al alcance de todos, y muchos de los medios necesarios solo se indican, he añadido á la traduccion algunos párrafos de los apuntes que el mencionado Sr. Herrera, mi benévolo amigo, me regaló con su aparato; quien no contento con la estimacion sin límites que de mi familia y de mí hace, por lo que no desperdicio la ocasion de manifestarle públicamente mi reconocimiento, me ha ofrecido, para allanar estas dificultades, que las personas que carezcan de la instruccion precisa y quieran tomarse la molestia de consultarle, las recibirá en su casa, calle del Puenro de los Gallos núm. 9, ó en su colegio, á las horas que no sean de clase, que da de ocho á diez de la mañana, y creo firmemente que sin afectacion ni orgullo se las proporcionará.

El resultado de mi resolucion seria ninguno, si no contara con vd., cuyas luces y decision por la ilustracion racional son tan conocidas, para que del modo que mejor le parezca, dá publicidad á unas nociones, que no pueden dejar de ser útiles á unos, proporcionar entretenimiento á otros, y lo que ojalá yo vea, escitar en muchos el deseo de saber, que es todo el caudal de su afectísimo servidor Q. B. S. M.—Pedro Montesdeoca.

## MANIPULACIONES ELECTROTÍPICAS.

1. Se sabe que las soluciones metálicas se pueden descomponer por un corriente magneto-eléctrico, y depositarse los metales sobre el alambre negativo con sus propios caracteres. El mismo efecto se produce por un corriente galvánico: el cobre se precipita sobre la lámina negativa de la batería, y cuando se levanta la lámina de cobre depositada, se encuentra que ha copiado con exactitud todas las rayas é irregularidades de su superficie.

2. La idea de aplicar este hecho á proyectos prácticos, ocurrió casi al mismo tiempo al profesor Jacobi de St. Petersburg, y á Mr. Spencer de Liverpool. Los primeros resultados de Jacobi se publicaron en 1838, y los de Mr. Spencer el año siguiente; pero ya había hecho algunos experimentos en 1837. Los usos principales á que las manipulaciones se han aplicado son, copiar medallas, láminas grabadas en talla dulce, moldes de yeso, &c., en cobre; se da el nombre de electrotipos á las copias así obtenidas, y algunas veces se llama simplemente electrotipo á las manipulaciones ó al arte mismo. Este modo de trabajar los metales promete ser de mucho valor para las artes, aunque el suceso completo solo se ha obtenido con unos pocos de ellos.

3. El modo mas pronto de obtener copia de una moneda ó medalla, es hacer un molde de ella en metal fusible, que se compone de ocho onzas de bismuto, cinco de estaño y tres de plomo para una libra: esta liga se funde á 6° cerca de la temperatura del agua hirviendo. Fundiendo una poca en un cucharón limpio de hierro, se echa sobre una tabla plana, se limpia el ócido de su superficie con un pedazo de cartulina, é inmediatamente se aprieta con fuerza sobre ella la medalla, que de antemano se habrá pegado con lacre á la estremidad de un palito. Con una ó dos pruebas se puede hacer un molde que presente un perfecto reverso de una cara ó de la medalla.

4. Despues se suelda un alambre limpio de cobre al borde saliente del molde, calentándolo en una lámpara cerca de su estremidad, sobre la que se pone una poca de trementina. Cuando el alambre se ha calentado bastante para fundir el metal fusible, se quita de la llama, y se aprieta con su punta sobre el molde, que se le adherirá. La parte posterior del molde y las demas que no se tenga intencion de cubrir con el depósito, se barnizan una ó dos veces con una solución de lacre en alcohol. Esta se secará en pocos minutos, y el molde está entonces presto para la solución.

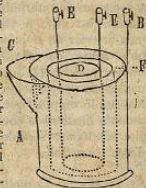
5. Una lámina gruesa de zinc se suelda á la otra estremidad del alambre, el que se dobla de

modo que se pueda sumergir el molde en una solución saturada de sulfato de cobre, separada por un tabique poroso, de otra solución débil de sulfato de sosa, en la que se coloca el zinc de manera que esté enfrente de la cara del molde. La solución de vitriolo azul se debe mantener saturada, suspendiendo en ella una bolsita de muselina que contenga una poca de la sal.

6. Otro modo mejor es, unir el alambre del molde con la lámina de zinc de una pequeña batería constante (1). Con la lámina de cobre de la batería se une por medio de otro alambre una pieza de cobre, que se mete con el molde en una solución acidulada de vitriolo azul, contenida en un vaso de vidrio ó de loza bien vidriada. No se usa de separación; pero no debe permitirse que la pieza de cobre y el molde se toquen. Una y otro deben estar unidos con la batería, y el cobre colocado en la solución antes que el molde se introduzca; de este modo se previene la acción química, que de otra manera se ejercería sobre el metal fusible, y la precipitación del cobre comienza inmediatamente.

7. La solución se prepara mezclando una parte de solución saturada de vitriolo azul, con una mitad, ó una tercera parte de su volumen, de una mezcla de una parte de ácido sulfúrico con ocho de agua por medida. A proporción que el cobre se deposita sobre el molde, igual cantidad se disuelve de la lámina sumergida, de suerte que la fuerza original de la solución es constante, menos la pérdida de agua por la evaporación. El alambre de cobre que une la pieza de cobre con la batería, debe defenderse de la solución del mismo modo que la parte poste-

(1) La forma conveniente de la batería constante, se demuestra en la figura. El vaso de cobre A, es un simple cilindro con fondo; en un lado tiene una copia B con tornillo de presión, y en otro una boca sobresaliente C que comunica por un número de perforaciones con el interior del cilindro. Esta está destinada á contener sulfato de cobre sólido, para mantener la solución saturada. Del cilindro de zinc D, se levantan dos copitas E E con tornillos de presión; la superficie interior de este cilindro, que no tiene fondo, está pintada ó barnizada para resguardarla de la acción de la solución. Entre el zinc y el cobre hay otro cilindro de cuero F, cerrado con un fondo de lo mismo; el espacio comprendido entre él y el cilindro de cobre se llena con solución de sulfato de cobre que puede ser saturada; dentro del cilindro de cuero se pone una solución mas bien débil que saturada, de sulfato de sosa, ó de sal común. El cuero no debe tener aceite, porque disminuiría la potencia de la batería. El zinc puede permanecer en la solución varios dias sin que la batería pierda su fuerza; pero es mejor sacarlo cuando no se hace uso de ella, para que no se corra sin necesidad, si se mantiene constantemente dentro.



rior del molde, si no, se disolverá inmediatamente.

8. Durante la solución de la lámina positiva, se deposita una cantidad considerable de materia negra, que dañaría la copia si se dejara caer sobre el molde. Por esta razón es mejor colocar á ambos en una posición vertical, poniendo la cara del molde enfrente de la pieza de cobre. La solución se mantiene con igual fuerza en todas sus partes, moviéndola de cuando en cuando. Si el cobre se disuelve enteramente antes que el depósito tenga el espesor suficiente, se suelda otro al alambre.

9. Cuando la operación va bien, el metal depositado es de color muy claro de cobre. La rapidez de la precipitación depende en gran parte de la temperatura; la operación se efectúa mas pronto en la caliente que en la fria, y mucho mas si la solución se mantiene caliente. Para conseguir el grueso de una décima de pulgada, pueden necesitarse de tres dias á una semana para su formación, cuando no se usa del calor artificial. Conseguido el grueso suficiente, se puede separar la copia del molde sin dificultad, teniendo cuidado de quitar el cobre que abraza el canto del molde.

10. Se encontrará que la forma es una copia perfectamente exacta y delicada del original; su superficie es comunmente de un color brillante de cobre; pero algunas veces presenta un hermoso color de plata. Si está descolorida, se puede limpiar metiéndola por unos momentos en ácido nítrico, lavándola despues con agua. Se puede broncear estregando sobre ella lápiz plomo, inmediatamente que se saca de la solución, calentándola ligeramente sobre un fuego claro, y frotándola rápidamente con un cepillo muy poco húmedo, para quitar el lápiz plomo.

11. Se puede formar un molde colocando la misma moneda ó medalla en la solución, y depositando cobre sobre ella. Para esto se pasa un alambre delgado de cobre al rededor del canto para unirarla con el alambre de la lámina de zinc de la batería; y como solo una cara se puede copiar ventosamente en una vez, la otra se cubre con barniz ó cera. El depósito tiende á adherirse mucho, y algunas ocasiones tanto, que es imposible quitarlo. Esto se puede evitar cubriendo la medalla con cera derretida, limpiándola, antes que se enfrie, con un lienzo, para que solo le quede una cubierta muy ligera. Se puede sacar ventaja de la capa muy delgada de aire que le adhiere á los cuerpos expuestos á la atmósfera, no colocando la medalla en la solución hasta que las conexiones con la batería estén establecidas, é introducida la lámina de cobre. Esta capa se separa prontamente por la inmersión en el líquido, é inmediatamente por el ac-

do nítrico concentrado, una solución de potasa ó por la aplicación del calor.

12. El molde así obtenido se suelda á un alambre, y se coloca en la solución como el de metal fusible; pero despues de haberlo calentado para soldarlo, y particularmente si se limpia con el ácido nítrico, se espone á la atmósfera por 24 horas para que adquiera una capa de aire, ó se trata con la cera como la medalla original. Siendo tan fácil hacer una copia con el metal fusible, con cera blanca, &c., una medalla preciosa no debe confiarse á la solución.

13. Cada onza de cobre depositado, necesita la solución de algo mas que una onza de zinc de la lámina de zinc de la batería. Se pueden hacer á la vez cinco ó seis electrotipos sin aumentar este gasto, colocando en sucesión varios vasos que contengan cada uno un molde y una lámina de cobre unida por un alambre con el molde del inmediato. Las láminas de cobre y los moldes deben ser casi del mismo tamaño, y la solución ha de contener menos vitriolo azul, y mas ácido sulfúrico del que se dijo en el párrafo 7º, particularmente si la serie se estiende mas allá de dos ó tres. Cuando los moldes son pequeños, los vasos comunes de vidrio son los mas convenientes. De este modo se obtienen varias onzas de cobre con solo un ligero aumento en la cantidad del vitriolo azul requerido para que abra la batería, y alguna mas corrosión de la lámina de zinc.

14. Una lámina de cobre grabada, se puede copiar apretándola fuertemente sobre una lámina de plomo, limpia y brillante, por medio de una prensa de gran potencia, ó si la lámina es pequeña apretándola sobre el metal fusible. También se puede hacer el molde depositando cobre sobre la misma lámina; pero debe tenerse cuidado de prevenir la adherencia, tanto de molde al original, como de la copia al molde, como se dijo en los párrafos 11 y 12. La segunda copia que se obtiene por este método, dará estampas que no pueden distinguirse de las impresas con la lámina original, aunque ésta esté ejecutada con el mayor primor.

15. Las láminas de acero se pueden copiar por medio del plomo ó del metal fusible; pero no se deben colocar en la solución.

16. Los grabados sobre madera se pueden copiar tomando impresiones de ellos sobre el metal fusible. Los electrotipos así obtenidos, pueden ser con el dibujo en relieve como aquellos grabados, é en talla dulce como las láminas de cobre.

17. Los moldes de los medallones de yeso se hacen colocando éstos en agua caliente, con la cara hácia arriba, hasta que el agua (que no debe ser tanta que los cubra) ha penetrado enteramente el yeso por todas partes; pero ningun-

na debe quedar sobre la superficie. Se saca después el molde y se le pone una tira de papel al rededor del canto, é inmediatamente se echa en la copa que resulta una poca de cera blanca derretida. Todas las burbujas de aire que se vean se desbaratan. Dentro de dos ó tres horas estará la cera completamente fria y dura, y se podrá sacar del molde con mucha facilidad, si este se humedece suficientemente. El medallón no padece, si no es quizá en el color.

18. Es necesario ahora volver la superficie del molde de cera, conductora de la electricidad. Esto se hace poniéndole una capa de buen lápiz plomo, que se entrega sobre ella con un cepillo suave, hasta que adquiere un color negro brillante: una cubierta muy delgada es suficiente.

Después se calienta en una lámpara la punta de un alambre de cobre, y se introduce en el borde del molde. Se asegura la comunicación entre el alambre y la cara del molde, frotando con un poco de lápiz plomo las partes del rededor del alambre. Hay gran diferencia entre las clases del lápiz plomo: algunas son malas conductoras. La mejor prueba del buen lápiz plomo es quizá la resistencia y adherencia que presenta cuando se oprime entre el pulgar y el dedo indicador.

19. Preparado así el molde, se puede poner en la solución teniendo cuidado de quitar las burbujas de aire. El depósito comienza sobre el alambre, y se extiende gradualmente sobre las porciones cubiertas con lápiz plomo. Es mejor que el cobre que se une con la lámina de cobre de la batería, y se coloca en la solución, sea un alambre y no una pieza ancha, hasta que el depósito se ha extendido á alguna distancia sobre el lápiz plomo. El molde puede volver á servir dándole de nuevo con el lápiz plomo; los de metal fusible, si no reciben daño alguno, pueden tambien usarse varias veces.

20. Los sellos se pueden copiar por un procedimiento muy simple. Se cubren con una capa delgada de lápiz plomo, estregándolo con un cepillo duro. Si de este modo no se adhiere pronto, se humedece ligeramente el sello con alcohol, cuidando de no rayar la superficie. Lo restante de la operacion es en todo semejante á la de los moldes de cera.

21. El cobre se puede depositar en tres estados diferentes: como una masa negra, esponjosa ó pulverulenta; en una forma cristalina; ó últimamente como una masa dúctil y maleable. El depósito negro se obtiene cuando la cantidad de electricidad es demasiada, con relacion á la fuerza de la solución. Esto se puede remediar de varios modos; como usando una carga mas débil para la batería, ó aumentando la proporcion de vitriolo azul y disminuyendo la de ácido sulfúrico en la solución. Tambien se

puede separar mas el molde de la lámina de cobre que está enfrente de él, ó achicar esta lámina.

22. El depósito cristalino resulta cuando la cantidad de electricidad es corta en proporcion á la fuerza de la solución. En este caso los cristales son pequeños y el cobre muy quebradizo. La cantidad de electricidad que pasa por la solución se puede aumentar adoptando medidas opuestas á las que se acaban de indicar para evitar el depósito negro.

23. Otra variedad del depósito cristalino ocurre, cuando la cantidad de electricidad es mucha, y al mismo tiempo la solución muy fuerte, y solo ligeramente acidulada, especialmente si el molde es chico y la lámina de cobre que está enfrente muy grande. El metal depositado es entonces muy duro y compuesto de grandes cristales.

24. Para la mayor parte de las operaciones se necesita el metal en estado dúctil y maleable. Para conseguirlo se deben evitar los extremos arriba dichos. Es mejor que el metal sea algo duro y elástico, que muy suave y flexible. Cuando el corriente tiene la fuerza exacta, la superficie exterior del depósito queda casi pulida, hasta que adquiere un espesor considerable, si la solución se mantiene con fuerza uniforme en todas sus partes, moviéndola de tiempo en tiempo. El depósito suave y flexible se forma con la mayor perfeccion, sosteniendo un corriente de tal potencia, que el hidrógeno esté exactamente proporcionado en el punto de desarrollo de la lámina negativa ó molde; si se ven salir de ella burbujas del gas, el corriente es muy fuerte, y el depósito participará mas ó menos del carácter esponjoso.

25. Cuando la lámina de cobre que se pone enfrente del molde en la solución, se cubre con cera y en esta se hacen algunas rayas que toquen al metal, se graba por el ácido, y puede estamparse como una lámina grabada por el ácido nítrico segun el método comun. El ácido sulfúrico disuelve el cobre exactamente en proporcion á la cantidad de electricidad que pasa. La lámina negativa ha de ser del mismo tamaño que la positiva, y se coloca paralela á ella en la solución.

26. La acción que se verifica es como sigue: el sulfato de cobre y el agua de la solución se descomponen; el ácido sulfúrico y el oxígeno, se establecen al rededor de la lámina que está unida con el polo positivo de la batería, y el óxido de cobre, y el hidrógeno al rededor de la otra. El oxígeno y el ácido se combinan con la lámina positiva de cobre, formando segunda vez vitriolo azul, mientras en la lámina negativa el hidrógeno forma agua con el oxígeno del óxido de cobre, y el metal puro se deposita.

27. La precipitación de los otros metales se regula por las mismas leyes; pero es mas difícil obtenerlos en estado útil. Los que importa mas poder trabajar de este modo son el oro, la plata y la platina. Las soluciones de todos los metales nobles, son buenos conductores de la electricidad, y se descomponen muy fácilmente; pero esta razon hay gran tendencia al desprendimiento de hidrógeno, y la formación de depósito negro.

28. Una batería compuesta de tres ó cuatro pares de láminas pequeñas y muy débilmente cargada, es la mejor para los metales nobles, porque el corriente debe ser de considerable intensidad; pero pequeña cantidad. El oro se deposita prontamente con sus propios caracteres por el corriente magneto-eléctrico. La cara de una medalla se puede hacer de oro ó plata, depositando una capa delgada de uno ó otro de estos metales, y llenar después la parte posterior con cobre; pero la cara del molde debe ser tambien de oro ó plata. La aplicacion mas interesante es poner á los metales oxidables una cubierta delgada y permanente de los nobles.

29. La plata, el cobre y el bronce se pueden dorar empleando una solución muy diluida de nitró-muriato de oro (1). La pieza se limpia primero con ácido nítrico diluido, ó con solución de potasa; después se lava con agua, se une inmediatamente con la estremidad zinc de la batería, y se coloca en la solución. Su immersion será la última cosa que se haga para completar el círculo, ó el oro no se adherirá firmemente. Cuanto mas grande y pulida sea la superficie, mas favorablemente se hará el depósito sobre ella. Se usará de un alambre muy fino de oro ó platina, como polo positivo, introduciéndolo mas ó menos en la solución. Siempre que durante la operacion el depósito se pone negro, se saca la lámina negativa y se limpia con greda blanca.

30. Cuando la superficie se cubre completamente con el oro, se puede aumentar la fuerza de la solución. La capa se puede hacer del espesor que se quiera, y limitarse á una porcion de la pieza, cubriendo las partes res-

tantes con cera ó barnizándolas. Las cucharas de plata se doran limpiándolas primero como queda advertido, después se aprieta contra su mango por medio de una tenaza pequeña, el alambre del polo zinc de la batería, y se sumerge el resto de la cuchara en la solución. Cuando se dora cobre, solo se introduce la punta del alambre positivo, y la solución debe ser muy débil; si no el oro se pondrá rojizo por la solución de algo del cobre.

31. La plata se deposita sobre el cobre usando de la solución de sulfato ó acetato de plata (2); pero es difícil impedir la formación de polvo negro. La pieza se limpia con greda blanca antes de colocarla en la solución, y frecuentemente durante la operacion. Como polo positivo, se pone un alambre muy fino de plata.

32. La platina se precipita sobre la plata, el cobre &c. de su solución en ácido nitró-muriático; pero la operacion es difícil (3). La solución debe ser muy débil, y el objeto que se ha de cubrir, pulido y limpiado por la potasa. El polo positivo será un alambre fino de platina. Cualquier polvo que se deposita sobre la pieza, se quita limpiándola de cuando en cuando con la greda blanca. La capa que se obtiene de este modo, tiene casi el aspecto del acero pulido.

Nota. Las cantidades de los metales están en todas las soluciones, en la misma proporcion: una parte de metal, diez y seis de la sal que se use, y ciento veintiocho de agua.

#### GRANDEZA DE ALMA EN UN NIÑO.

Un mandarín de la China fué condenado á muerte por prevaricato: un hijo suyo de edad de quince años, fué al palacio del emperador á rogar que se ejecutase en él la sentencia pronunciada contra su padre. Asombrado el monarca de esta accion, y enterrecido del afecto de este generoso niño, le concedió el perdón de su padre, y quiso agradecerle con una medalla de honor para ejemplo de los demas; pero el jóven se negó á admitirla, diciendo:—Que una distincion semejante perpetuará en la memoria los motivos por los cuales habia sido condenado su padre, y que sería un borron para ambos.

(2) Todo lo que se ha dicho del oro debe aplicarse á la plata.

(3) Haciendo una disolución de potasa cáustica, y mezclándola con cloruro de platina y de potasio, se tiene un líquido que permite platinar con la misma facilidad y prontitud con que se hacen el dorado y el plateado.

La platina así aplicada, se puede obtener de la platina natural, porque los metales que la acompañan no impiden los resultados.

(1) Tambien se pueden usar las soluciones siguientes: óxido de oro una parte, ferrocianuro de potasio diez y seis partes; de agua pura ciento veintiocho partes. Se hierve todo por espacio de media hora, y el líquido está útil para el uso.

Cianuro de oro disuelto en cianuro de potasio, amarillo ó rojo.

Cloruro de oro disuelto en los mismos cianuros. El cloruro de oro y de sosa disuelto en la sosa, y en fin, el sulfuro de oro disuelto en el sulfuro de potasio. Esta última solución es la mas á propósito para dorar los metales ligados, como el bronce y latón, que son los mas sensibles á la sulfuracion, y por este método se obtiene el mas bello y puro dorado. Para dorar el hierro y el acero, es necesario cubrirlos antes con una capa delgada de cobre que favorece la adherencia del oro.

## LA PINTURA DEL MONGE.

¿Qué pocos hombres han tenido su vida mas llena de fortuna, homenajes y gloria, que el famoso pintor flamenco Pedro Pablo Rübens, artista ya demasiado célebre á la edad en que otros apenas han logrado distinguirse! Codi-ciada su posesion por los príncipes mas poderosos del universo, veía á estos colmar sus magníficas obras de oro, disputarse el honor de fi-jarlo en su corte, y rendir á la nobleza de su carácter, y á la estensa elevacion de sus conoci-mientos, los testimonios mas lisonjeros. Ha-biéndole hecho saber el duque de Buckingham el vivo pesar que le causaba la nobleza desunión de las cortes de Inglaterra y España, le comisionó para comunicar sus desiguos de reconcilia-ción á la infanta Isabela, viuda del Archiduque Alberto. Rübens se trasportó al momento á Bruselas, donde á la sazón estaba la princesa, obtuvo bien pronto el objeto de su negociacion, y se grangéo de tal modo el afecto de la infanta, que ésta le envió al rey de España Felipe IV, con comision de proponer medios de paz y de recibir las instrucciones del monarca. Felipe IV, admirado del mérito de Rübens, le hizo ca-ballero y le concedió el empleo de secretario de su consejo privado. Rübens volvió á Bru-selas á dar cuenta á la infanta Isabela del re-sultado de su comision. En seguida pasó á In-glaterra con comision del rey católico, y con-cluyó la paz á satisfaccion de ambas potencias. El rey Carlos I colmó de honores á Pedro Pa-blo Rübens, le concedió sus órdenes, y sacan-do en pleno parlamento la espada que portaba, se la regaló al ilustre negociador. Finalmente regresó á España, donde fué condecorado con la *llave de oro*, hecho gentil-hombre de cámara y nombrado secretario del consejo de estado en los Países-Bajos. Para esto un año antes se ha-bía desposado con Elena Formant, jóven de in-comparable belleza, y que le hizo padre á los diez meses de su union.

Lisonjeado con tanta dicha, y colocado en una posesion que no debía sino á sí mismo, Rübens estaba rodeado de fausto, y jamas camina-ba sin un acompañamiento brillante, numeroso y digno de un príncipe. Sus discípulos le habian habituado á una especie de culto, le acompaña-ban continuamente, y formaban un espléndido cortejo. Y así era como Rübens, durante sus viajes, iba de claustro en claustro, y de iglesia

en iglesia, visitando las obras famosas que en-cerraban estos edificios: porque en la época de que hablamos, las artes, protegidas por la reli-gion, recibian del clero poderosos estímulos. Mas de un artista que hubiera muerto pobre é incógnito, debió su gloria y su fortuna al am-paro generoso que le ofreciera el clero, y como decía el mismo Rübens, la proteccion de un monge valia tanto entonces cual la de un rey.

Recorriendo un día Rübens las cercanías de Madrid, se entró en un convento de reglas muy austeras, y notó, no sin gran sorpresa, en el co-rró de un pobre y humilde monasterio, un cua-dro que denotaba el talento mas sublime. Esta pintura representaba la muerte de un monge. Rübens llamó á sus discípulos, les mostró el cuadro, y todos participaron de su admiracion.

—Y quién puede ser el autor de este cua-dro? preguntó Van Dick, el discípulo favorito de Rübens.

—Un nombre estaba escrito abajo del cua-dro; mas le han cuidadosamente borrado, res-pondió Van-Tulden.

Rübens hizo suplicar al prior del convento que fuese á hablarle, y preguntó al anciano mon-gue el nombre del artista á quien tributaba su admiracion. Este, cruzando sus brazos y son-riéndose, respondió:

—El pintor no existe ya para este mundo.

—Ha muerto! exclamó Rübens, Muerto y nadie le ha conocido hasta aquí! Nadie ha re-petido con admiracion su nombre, su nombre que debía ser inmortal, su nombre ante el cual se extinguiría quizá el mío! Y sin embargo, añadió el artista con un noble orgullo; sin em-bargo, padre mio, de que soy Pedro Pablo Rübens.

A este nombre, el semblante pálido del reli-gioso se animó de un color sobrenatural, cen-tejaron sus ojos, y fijó sobre Rübens miradas en que estaba pintada mas que la curiosidad; pero esta escalacion no duró sino un momen-to. El monge bajó los ojos, cruzó los brazos, que habia levantado hácia el cielo en un momento de entusiasmo, y repitió:

—El artista no existe ya para este mundo.

—Su nombre, padre mio! ¿Su nombre! ¿Se-me permitido al menos revelarlo al universo, pueda yo darle la gloria que es le debida!

Y Rübens, Van-Dick, Diepenbeck, Jacques Jordæns, Juste, Van-Nuel, Van-Tulden, sus

Fv. Antonio Alzola, obispo de Yucatan y Guadala-jara ..... 386  
Fragmentos de un viaje á Europa (continúa)..... 389  
Fr. Manuel Navarrete ..... 408  
Fragmentos de una poesia española ..... 467  
Fonda de Europa ..... 493

**G.**

Gerónimo Savonarola ..... 293  
Gamboa (D. Francisco Javier) ..... 53  
Guadalajara.—Wals para forte-piano por Herrera ..... 536  
Grandeza de alma en un niño ..... 571

**H.**

Hernandez (la de un jóven) ..... 504  
Ha dado una hora: meditación ..... 538

**I.**

Introduccion ..... 0  
Impermutabilidad ..... 552

**J.**

Juana de Arco ..... 119

**L.**

La niña indigente: estudios morales ..... 15  
La montaña de la Buja en Zacatecas ..... 52  
La semilla infundada ..... 46  
La villa de Parras.—Panorama de México ..... 73  
La mujer ..... 110  
Los Horacios y los Curiaacios ..... 142  
Los primeros tiempos de la libertad mexicana ..... 183  
Literatura dramática: D. Enrique de Vivar, drama original de D. E. Escalante ..... 190  
La mujer sea: estudios morales ..... 199  
Las penas cargadas.—Panorama de México ..... 200  
Las peñas cargadas ..... 215  
La patria ..... 330  
La partida del guerrero: cancion con música ..... 264  
La Vieja-Estada ..... 296  
Las cementerios ..... 327  
Las bellezas del Otoño ..... 327  
La niña triste: imitación de los cantos del Norte ..... 373  
La instrucion y la educacion ..... 382  
La villa de Tlapa.—Panorama de México ..... 383  
La flor del desierto ..... 384  
Los adjetivos, crítica ..... 391  
Lasciatis ogni speranza: estudios morales ..... 397  
La jóven sin amor: estudios morales ..... 430  
Longevidad comparada ..... 470  
La muerte: meditación ..... 480  
Ladrador chino (cristico) ..... 500  
Lo pasado: estudio moral ..... 501

**M.**

Mariposita Castañeda: costumbres ..... 97  
Memorias sobre el matrimonio ..... 41  
Item idem ..... 49  
Movimiento español de una planta ..... 133  
Meditacion (sitt voluntas) ..... 274  
Memorias sobre el matrimonio ..... 274  
Item idem ..... 369  
Monterey, capitul de N. Leon.—Panorama de México ..... 469  
Mi sítiez: recuerdos ..... 519  
Moralidad de Platon: anecdota ..... 515  
Manipulaciones electrotípicas ..... 568

**N.**

Naciones sobre la ventilacion de las minas ..... 44  
Notas y noticias ..... 301  
Neurología de D. Juan N. Lacunza ..... 314  
Item de D. Juan Maria Depreux ..... 562

**O.**

Observaciones sobre la temperatura de México ..... 516  
Ojeada, su situacion, terreno &c ..... 553

**P.**

Paseo del río en Moravia.—Panorama de México ..... 237

Puente nacional: Departamento de Veracruz ..... 256  
Patriotismo: anecdota ..... 470  
Palacio de Oajaca ..... 520  
Pensamiento ingenioso ..... 525  
Pensamientos ..... 527  
Pintura, la del monge ..... 572

**Q.**

Quina varanajada ..... 34

**R.**

Remitido sobre los estudios en los colegios de México ..... 119  
Recuerdos biográficos de D. Ignacio Rodríguez Gal-van ..... 265  
Remitido que sirve de complemento á la biografía del Sr. Potos de Quiroga, publicada en el primer tomo de Recuerdos biográficos D. Diego Leon, conde de Pelac-on ..... 299  
Item de un día en el puente de Calderon ..... 529  
Remitido ..... 567

**S.**

Sociedad literaria de Puebla ..... 320  
Simple análisis de las aguas de Xochitlap ..... 336  
Seguridad de los indios ..... 402  
Sigüenza y Góngora (D. Carlos de): su biografía ..... 471

**T.**

Teoría de los pozos artesianos ..... 137  
Traducción de Víctor Hugo ..... 454  
Tubos: invenciones.—Panorama de México ..... 522  
Tratado de la ciudad de México ..... 539

**U.**

Un inglés ..... 33  
Un catalanes: estudios morales ..... 311  
Un rasgo de la vida de Trujillo (novela) ..... 324  
Una planta monstruosa ..... 375  
Utilidad de los insectos ..... 406  
Urbanidad y política ..... 415  
Un amigo ..... 544

**V.**

Vindicacion de las campanas ..... 380  
Viaje sentimental á San Angel ..... 395

POESIAS ORIGINALES

INSECTAS EN ESTE 2.º TOMO.

Tyros á María, por D. G. Priolo ..... 15  
La sonrisa del niño, por D. Ramón I. Alcaraz ..... 26  
Oda á D. Ignacio Rodríguez Galvan por D. G. Priolo ..... 52  
Un pensamiento, por D. Manuel Payno ..... 62  
A mi Jorobas, por D. A. Parla ..... 64  
En la Iglesia de San Juan, por D. G. Priolo ..... 68  
En la Iglesia de San Juan, por D. C. Collado ..... 88  
Un recuerdo, por D. O. Perez ..... 103  
Veintidós años, por D. C. Collado ..... 112  
Breviarios, por D. Félix M. Escalante ..... 133  
Fantasia, por D. Mariano Esteva ..... 143  
El Otoño, por D. C. Collado ..... 147  
El sepulcro de mi esposo, por Doña Lorenza Vaz-quez ..... 148  
Las Oraciones, por D. Juan N. Lacunza ..... 151  
El cántico de David, por D. Francisco de Paula Escalante ..... 204  
La lagrima partida, por D. C. Collado ..... 214  
Adios, por D. Fernando Orozco ..... 221  
Desahogo, por D. G. Priolo ..... 236  
La muerte del corazón ..... 259  
En la muerte de D. Ignacio Rodríguez Galvan, D. R. I. Alcaraz ..... 268

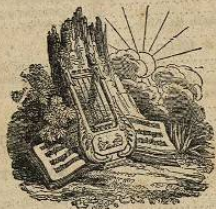


<i>La flor del sepulcro</i> , por D. G. Prieto.....	266
<i>La barrigalla</i> .....	297
<i>Canción popular</i> , por D. G. Prieto.....	307
<i>Inquietud</i> , por id.....	315
<i>Epitafio</i> .....	323
<i>La flor solitaria</i> , por D. Felice Maria Escalante.....	340
<i>La lira de mi Ayo</i> , por una zacatecana.....	360
A *** por D. F. M. Escalante.....	368
<i>El jaracho</i> , por D. José María Estrella.....	374
<i>La luna</i> , por D. Félix M. Escalante.....	388
<i>Poseesimientos del crepúsculo</i> , por D. C. Collado.....	406
<i>Plegaria</i> , por D. Alejandro Arango.....	414
<i>El lago del bosque</i> , por D. G. Prieto.....	433
<i>Desdentado</i> , por D. Plácido Vies.....	464
<i>Traducción de Víctor-Hugo (á Julio)</i> , por D. Casimiro Collado.....	498
<i>El fuego fatuo</i> , por D. Ramon F. Alvarez.....	503
<i>A Mérida</i> , por D. Manuel Diaz Mirón.....	515
<i>El Colago</i> .....	519
<i>A mi primo Ignacio F. Alatorre</i> , por D. M. L. Alatorre.....	524
<i>A una mariposa</i> , por D. J. María Estrella.....	537
<i>La flor del Sepulcro</i> .....	539
<i>La agonía</i> , por D. Guillermo Prieto.....	572
<i>Las palmas</i> , por D. Casimiro Collado.....	572

## LITOGRAFIAS

## QUE ACOMPAÑAN ESTE TOMO.

<i>Retrato de D. Francisco Eduardo Tres-Guerras</i> ....	16
<i>Quinta naranjada</i> .....	34
<i>Retrato de D. Francisco Javier Gamboa</i> .....	87
<i>Idem de María Stuart</i> .....	105
<i>Idem de D. Miguel Romas Arce</i> .....	121
<i>Idem del general D. Manuel de Mier y Terán</i> .....	163
<i>Idem del general D. José María Morelos</i> .....	182
<i>Idem del cura D. Miguel Hidalgo</i> .....	215
<i>Las perlas cargadas</i> .....	231
<i>Retrato del emperador D. Agustín Iturbide</i> .....	266
<i>El Puente nacional</i> .....	289
<i>D. Ignacio Rodríguez Guzmán</i> .....	313
<i>El general español Leon</i> .....	326
<i>El Parian y las casas consistoriales de México</i> .....	375
<i>Fr. Antonio Alcalde</i> .....	409
<i>Una plénte monstruosa</i> .....	465
<i>Fr. Manuel Natarrale</i> .....	471
<i>Restos de un templo á dos leguas del Puente nacional</i> .....	520
<i>Retrato de D. Carlos de Sigüenza y Góngora</i> .....	530
<i>Palacio nacional de Oajaca</i> .....	532
<i>Plano de la batalla del puente de Calderon</i> .....	533
<i>La catedral de Oajaca</i> .....	533



AP63  
M8  
V.2

157046  
FHRC

AUTOR

